

Capítulo 34

Una cultura común con historia y con futuro

Por **Alejandro San Francisco**

Agregado Cultural

Embajada de la República de Chile en España

Cuando se evalúan las relaciones entre Chile y España, habitualmente hay dos aspectos que ocupan el mayor interés de análisis. En primer lugar, destaca el ámbito político y diplomático, que considera que ambos países han tenido relaciones ininterrumpidas desde 1883 en adelante, y que hoy goza de un momento extraordinario, ratificado por los presidentes Sebastián Piñera y Mariano Rajoy, al suscribir la Alianza Estratégica entre Chile y España en enero de 2013. Un segundo aspecto que siempre aparece es el económico y comercial, considerando el enorme impacto de la inversión española en Chile en las últimas décadas, que ha convertido a ambos países en socios de la mayor relevancia y con un enorme potencial hacia el futuro.

Sin perjuicio de la importancia de ambos factores, resulta importante considerar la cultura como un foco de desarrollo no solo para cada nación, sino también para el desarrollo de las relaciones entre los pueblos. La diplomacia cultural, por una parte, y la acción de la sociedad civil, de los artistas, escritores, investigadores y toda una amplia gama de personas que contribuye al desarrollo espiritual y cultural de la sociedad es un camino que vale la pena recorrer, y en el cual Chile y España deben andar unidos.

Entre las muchas cosas que ambas naciones tienen en común, hay una que sobresa- le y representa la principal fuente de oportunidades hacia el futuro: es la lengua castellana. Esta situación, o privilegio si lo vemos desde otro punto de vista, lo com- parten la mayoría de los países iberoamericanos, así como en el presente una parte importante de los habitantes de los Estados Unidos de Norteamérica. De esta mane- ra, el español se convierte en una gran potencia cultural de 500 millones de perso- nas, si se presenta al mundo unido y no disgregado entre una diversidad de Estados más o menos pequeños.

Hay tres elementos que contribuyen de manera especial a las posibilidades no solo culturales, sino que también económicas y políticas, de la comunidad ibe- roamericana.

En primer lugar, la unidad histórica, acompañada de una relativa unidad geográfica, concentrada en el continente americano y en Europa. Son más de cinco siglos en los cuales hubo mucho tiempo con gobierno y administración compartidos, así como un continuo tránsito cultural de ida y regreso entre el mundo español y el americano. En segundo lugar, consecuencia de lo anterior, la mencionada lengua común, que se presenta al mundo con el legítimo orgullo de haber contribuido de manera importante a la cultura universal, y que en ha dado once Premios Nobel de Literatura al mundo: los españoles Vicente Aleixandre, Jacinto Benavente, Camilo José Cela, José de Echegaray y Juan Ramón Jiménez, junto a los latinoamericanos Gabriela Mistral y Pablo Neruda (chilenos), Miguel Ángel Asturias (guatemalteco), Gabriel García Márquez (colombiano), Octavio Paz (mexicano) y Mario Vargas Llosa (peruano). En tercer lugar, existe lo que podríamos llamar una identidad de valores, costumbres, tradiciones —incluso religiosas— que permiten una rápida y fácil integración de los miembros de un país a otra de las naciones iberoamericanas, cuando les corresponde viajar para trabajar, de turismo, para vivir o de manera ocasional.

La lengua de Cervantes, de Mistral y de Neruda

Probablemente el factor de mayor unidad cultural entre Chile y España, y de más proyección hacia el futuro, es la lengua castellana. Chile es un país relativamente pequeño, con cerca de 17 millones de habitantes (sería un mercado menor a nivel mundial), que sin embargo ha tenido logros interesantes, como ilustran los galardones de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, Premios Nobel de Literatura en 1945 y 1971 respectivamente; en el ámbito específicamente hispanoamericano, tres de sus escritores más relevantes han obtenido el Premio Cervantes: Jorge Edwards (1999), Gonzalo Rojas (2003) y Nicanor Parra (2011). A ellos se pueden añadir otras tantas figuras que cuentan con el reconocimiento de los especialistas y del público en general, tales como Vicente Huidobro y, recientemente, Roberto Bolaño.

Las posibilidades de colaboración en este ámbito son inmensas. Precisamente por la calidad de los autores chilenos, unido a constituir un mercado pequeño, es que las editoriales más importantes —Alfaguara, Anagrama, Planeta, Plaza & Janés, Lumen, Galaxia Gutenberg, Visor, entre otras— de España han procurado atraer y tener dentro de su catálogo a las obras de importantes escritores históricos o actuales de Chile. Asimismo podemos comprobar que en los últimos años han aparecido publicadas las Obras Completas de Neruda o Nicanor Parra en excelentes ediciones.

Esto muestra una doble dimensión del mayor interés. Por una parte, la necesidad de las editoriales españolas para ampliar su radio de acción a todo el continente de habla hispana; por otra parte la necesidad de los escritores por publicar en editoriales de distribución continental, no limitados a los estrechos márgenes territoriales de su propio país. Con esto se ha beneficiado no solo la cultura española y chilena, sino que también las letras latinoamericanas en su conjunto. La amplia circulación de la cultura literaria solo era posible mediante el trabajo integrado, y así se ha hecho según correspondía.

Sin perjuicio de esto, es preciso considerar la importancia real de la lengua española, ya no simplemente la cantidad de personas, sino su relevancia: en los negocios, en

la cultura, las relaciones internacionales, el mundo del conocimiento. Adicionalmente, se requiere una dosis de realismo. Hay 73 millones de analfabetos hispanohablantes, lo que exige un esfuerzo educacional inmenso para abrir oportunidades a los que se están quedando atrás en el proyecto de desarrollo.

Todo esto es relevante porque si se amplían las posibilidades de edición y no los lectores potenciales y efectivos, estamos con un problema pendiente. Esfuerzos como el del Instituto Cervantes en el mundo pueden contar con la colaboración de investigadores, profesores y universidades chilenas, en un marco flexible y cuyo único objetivo sea ampliar la relevancia de la lengua española en el mundo, que compartimos por historia y que decidimos aprovechar por su potencia futuro.

Amplias oportunidades en materia universitaria

Entre las muchas áreas en que existen posibilidades de trabajo conjunto entre Chile y España podemos destacar muy especialmente el tema universitario. El pensador norteamericano Robert P. George afirma persuasivamente que los dos motores de una sociedad dinámica son la empresa privada y la universidad. No cabe duda que las relaciones comerciales entre ambas naciones han avanzado considerablemente, pero en materia universitaria todavía queda un enorme espacio para explorar.

Es evidente que la tradición universitaria española es de gran importancia y se extiende por casi ocho siglos, mientras la de Chile es muy nueva en su forma actual. Sin perjuicio de ello, también resulta claro que hay aspectos que favorecen la integración y profundización de los vínculos entre las instituciones de ambos países. Un factor fundamental es el idioma común, que facilita los estudios y trabajos conjuntos tanto de profesores como de alumnos. Otro elemento importante es que, en la actualidad, ambos países muestran un desarrollo de la educación superior relativamente similar, tanto en la cantidad como en la calificación de sus instituciones.

Si analizamos, por ejemplo, algunos rankings universitarios internacionales (como el QS o el Shangai) vemos que ambos países tienen algunas universidades entre las mejores del mundo. Entre las españolas podemos mencionar a la Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Pompeu Fabra, la Universidad de Navarra, Universidad Carlos III de Madrid o la Universidad Politécnica de Cataluña. En el caso chileno destacan la Universidad Católica de Chile, la Universidad de Chile, mientras en el ámbito latinoamericano adquieren importancia instituciones como la Universidad de Santiago de Chile y la Universidad de Concepción.

En términos históricos la relación ha sido bastante clara. Las primeras Universidades americanas siguieron el modelo y la legislación de la Universidad de Salamanca; muchos hombres de letras y ciencias chilenos también se formaron en España. En los últimos años se ha producido también la migración académica (principalmente de España a Chile) y los estudios de posgrado (especialmente de chilenos en instituciones españolas, en parte importante gracias al proyecto de Becas Chile), que han permitido fortalecer los vínculos existentes. También han existido esfuerzos desde el mundo privado, como el que desarrolla el Banco Santander y la red Universia, son

ejemplos claros de la forma que deben adoptar las actividades comunes hacia el futuro.

Quizá por lo mismo se haya visto como una necesidad darle un mayor cauce institucional a las posibilidades de intercambio académico y estudiantil, así como al perfeccionamiento y colaboración en el ámbito de la investigación científica. Esto llevó a la Embajada de Chile en España, en conjunto con la Fundación Chile-España, Universidad.es y Casa de América, a organizar la I Cumbre de Rectores de Universidades de Chile y España, en enero de 2014. Como correspondía en una instancia como esta, se han propiciado temas como la doble titulación, las perspectivas de la investigación conjunta y de integración posgrado, el intercambio y la movilidad académica, así como otros temas que concentran la agenda de las Universidades hacia el siglo XXI, en un contexto de exigencia de calidad, internacionalización y convicción sobre la importancia de las universidades para el desarrollo de la sociedad contemporánea.

Como suele ocurrir en todos los temas, las posibilidades de colaboración en materia cultural son mucho más amplias que las meramente literarias o universitarias. Podemos mencionar el arte y las ciencias, la música y el cine, la historiografía y otras tantas formas de integración. Ello requiere ciertas convicciones básicas y un trabajo arduo. Dos convicciones importantes se refieren a que el siglo XXI es el siglo del español y, adicionalmente, a que es la época de consolidación de las Universidades iberoamericanas en el ámbito internacional. La forma de trabajo exige que Chile y España caminen juntos, aprovechando sus potencialidades y los esfuerzos que ya se han hecho hasta hoy.